

Encuentros

CON ALFONSO MUÑOZ



CARLOS NAVARRETE

Alfonso Muñoz

murió atropellado a principios del año 2001.

La publicación de esta serie de fotografías tomadas por él en Juchitán —en la década de los años sesenta—, quisiera hacer las veces de homenaje a quien fue, además de un buen fotógrafo, un gran amigo.

Una de las formas más sencillas y difíciles de la Antropología es vivirla, caminarla. En días grises o espléndidos, no importa. Ser parte de lo cotidiano, de los olores, del sabor que sabe a alguna parte, de las voces del entorno, a veces sombras, a veces encendidas, a veces palabras-lágrimas.

Digo estas cosas porque veo en Poncho Muñoz uno de esos seres privilegiados que entendieron el mundo con alegría, aun entre nubarrones de malos días. Simpatía por vivir sería la frase adecuada; simpatía para otorgar.

Así lo percibimos desde el comienzo de la amistad los que fuimos sus compañeros en un largo camino de afinidades compartidas. Afinidades profesionales, políticas, literarias, estéticas. Cólera común ante las injusticias de los Estados poderosos contra los países débiles, alegría ante los pocos logros de los movimientos populares latinoamericanos. Conversaciones y conversaciones, la realidad inmediata y lo fantástico, hechos y sueños, dificultades y canciones; si pusiéramos dos puntos remataría con la palabra Antropología.

Procedemos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Nos encontramos en el corredor de un plantel pequeño en donde se conjugaban tendencias de la "escuela mexicana de antropología" (había cercanía con las "escuelas nacionalistas" de danza, de pintura, de música...), y la escuela culturalista norteamericana, además de lecturas suficientes de la antropología clásica. Nuevos profesores y el entusiasmo de las primeras promociones "sin corbata" de los cincuenta, trajeron a la ENAH actitudes refrescantes de comportamiento, un pensamiento crítico menos academicista; se fundó la especialidad de Antropología Social y se abrieron las puertas al pensamiento marxista.

Alfonso era de los contados alumnos que cursaban Antropología Física, pero participaba en materias atractivas de las demás disciplinas. Con la cátedra de Arte Colonial Mexicano, dictada por Francisco de la Maza, viajó domingo a domingo a visitar templos y conventos. Fuimos compañeros en las clases de Arte Indígena de México impartidas por Miguel Covarrubias.

En 1954 marchamos con el contingente de la ENAH en la gran manifestación de repudio a la intervención del departamento de Estado norteamericano en Guatemala. Alfonso puso su firma en el pliego que dio lugar a la declaración de la Sociedad de Alumnos condenando el derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz y el final de los únicos diez años de verdadera democracia que ha tenido en toda su historia el pueblo guatemalteco.

Nuevamente salimos a la calle y participamos en algunas comisiones, durante las jornadas estudiantiles de 1956 que desembocaron en la huelga general. La ENAH se sostuvo hasta el final, cuando ya el Politécnico había sido intervenido por el ejército, y la UNAM y las universidades de provincia habían levantado el movimiento. Formamos parte de varios turnos de guardia. El conserje del museo nos mandaba café y alguna vez los custodios nos llevaron las tortas que no quiso cobrar el dueño de la cantina de la esquina, "El río Duero". Dentro de la seriedad de esos momentos —estaba en juego el semestre y la propia existencia de la escuela— el humor y la risa de Poncho, su lealtad y compañerismo, eran chispas de vida que aliviaban las horas, días y semanas de espera. Se lograron cosas: un vehículo para prácticas de campo, viáticos, becas, contratación de nuevos profesores, y un poco de reconocimiento oficial por la profesión.

Mencioné una cantina; en realidad eran dos: "El río Duero" en Moneda y Correo Mayor, y "El Nivel", que aún señorea en la esquina que ve al Zócalo. Allí dio clases Paco de la Maza y alguna vez Pedro Armillas. Había otras, como "El Goya", en la calle de El Carmen, famosa por las repletas "tongoleles", grandes y gruesas copas para beber cerveza. Si las menciono no es por simple y alegre anécdota. No, las anécdotas son pasajes íntimos,



propiedades de cada quién. Lo hago para recordar el grupo bohemio que formamos más allá de los alcances de la ENAH, en el que concurrían poetas, pintores, bailarines, un filósofo despistado y algunos estudiantes de antropología.

Nos reuníamos los sábados en la noche en el estudio del pintor Rechi, en el beligerante barrio de Guerrero. De la ENAH llegaban Agustín Delgado, Iker Larraury y Jorge Angulo con sus inquietudes artísticas, poetas como Juan Araiza —también antropólogo físico— y Silva Villalobos, quien con Jesús Arellano editaban la hoja de poesía "Metáfora", bajo cuyo signo se publicó el poemario *Tarumba* del desconocido Jaime Sabines. Decíamos en broma que unos versos aludían a nuestras reuniones:

A la casa del día entran gentes y cosas,
yerbas de mal olor,
caballos desvelados,
aires con música,
maniqués iguales a muchachas;
entramos tú, Tarumba, y yo.
Entra la danza. Entra el sol.
Un agente de seguros de vida
y un poeta.
Un policía.
Todos vamos a vendernos, Tarumba.

Jesús Arellano comentó que era una lástima no poderle poner al estudio "La Casa del Día" porque sólo de noche estábamos, a lo que Poncho respondió que no importaba, pues siempre salíamos de madrugada; sólo había que correr del grupo al policía.

Allí leyeron Celia Lecón, Horacio Espinosa Altamirano, Mauricio de la Selva, el hondureño Pompeyo del Valle, y antes que la mercadotecnia impusiera el espejo de vanidades

que son las presentaciones de libros, Felipe Montemayor relató pormenores de su estancia en la casa de los estudiantes mexicanos en París, experiencia volcada en *Pabellón Mexicano*, libro que devino maldito en el mundo puritano de la antropología oficial.

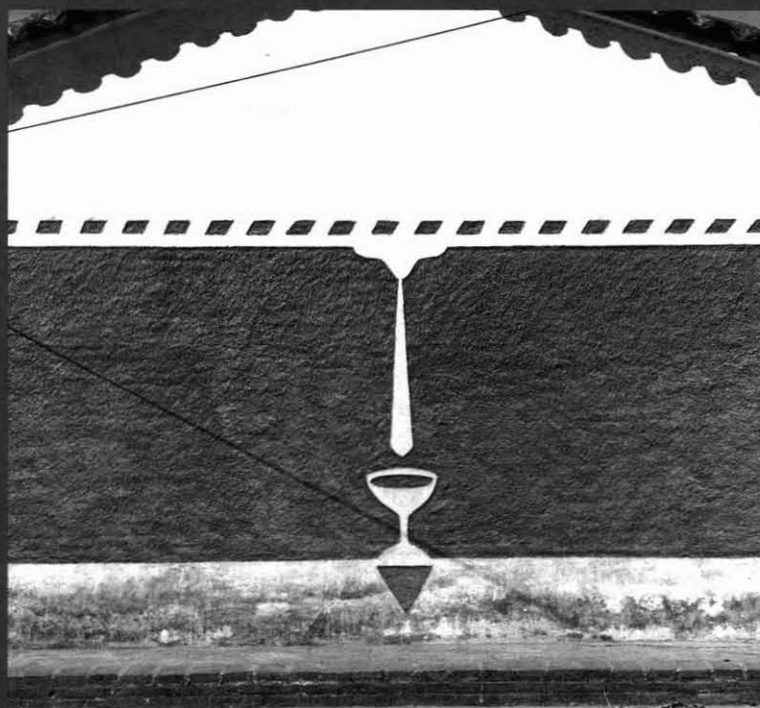
Una cantina más: "La Luz", en la esquina de Gante y Carranza. Se bebía cerveza de barril y se comían sandwiches de carne cruda. Penitencialmente acudíamos los sábados a mediodía; todavía se trabajaba el sábado en la mañana. Buenos parroquianos: gitanos, un ciego que decía versos de López Velarde, vendedores de todo, aplicadores de toques eléctricos; un exiliado guatemalteco de corbatón declamaba su poema a Juárez y luego pasaba el chambergo, el pintor Mario Orozco Rivera cobraba un peso por caricatura, y no faltaban semanalmente un contador de chistes malos, un imitador del Monje Loco y —aquí entra nuestro amigo de cuerpo entero— un viejo y roto boxeador casi ciego, a quien Don Alfonso le pagaba religiosamente una cerveza y un sandwich y le entregaba lo que recogía entre nosotros: "Es que lo vi pelear allá por el rastro, y nunca ganaba...".

Para nuestra generación esta cantina guarda un significado: estando reunidos Jorge Angulo, Poncho, Leonel Durán, Juan José Rendón, Carlos Martínez Marín y Rodolfo Stavenhagen, hablamos de formar en la ENAH un grupo de estudio y de práctica antropológica política. Lo propusimos entre amigos y nació el "Grupo Miguel Othón de Mendizábal", en su momento motor de inquietudes, aprendizajes y esperanzas.

Teníamos una sesión semanal de dos horas, una dedicada a tareas prácticas y otra a comentarios de lecturas colectivas. Llegamos a constituir cerca de veintidós miembros activos, logrando que la voz







de la organización prevaleciera en la Sociedad de Alumnos, a través de la cual se logró editar un boletín, se aseguró la continuidad de las publicaciones oficiales —*Tlatoani* y *Acta Antropológica*—, se propusieron traducciones que circularon en una serie mimeografiada, y se impulsó la creación de nuevas materias y seminarios. Una conquista estudiantil: desde entonces las ayudantías de campo fueron pagadas; a los arqueólogos nos ponían en lista de raya, con “sueldo de peón”. La frase inicial del acta de fundación decía:

Se funda el Grupo “Miguel Othon de Mendizábal” para desarrollar actividades de tipo académico, profesional y político, encaminadas a aplicar la Antropología como una ciencia de carácter eminentemente social, que contribuya al mejoramiento integral del pueblo mexicano.

Algunos fundadores y compañeros que se integraron después, procedentes o con nexos de simpatía por el Partido Comunista, le imprimimos a la organización

un corte demasiado sectario —eran tiempos del Gran Camarada— y el MOM se devoró lentamente a sí mismo. Se rayó en el puritanismo para juzgar formas de ser personales y eso cansó a muchos. Lo mejor que dejó fue haber trazado a medio camino una línea divisoria entre los ideales y el despeñadero.

Muchas ideas generadas en el MOM fructificaron en 1959 con la fundación del Seminario de Estudios Antropológicos, motivo de concurrencia de ideas progresistas, donde convergían profesionales reconocidos con estudiantes avanzados. Los fundadores: Marlene Aguayo, Evangelina Arana, Aura Marina Arriola, Susana Drucker, Aída García Alonso, Catalina García Manzanedo, Lina Odena Güemes, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera, Beatriz Barba de Piña Chán, Isabel Horcasitas de Pozas, Enriqueta Ramos Chao, María Eugenia Vargas Delgadillo, Guillermo Bonfil Batalla, Leonel Durán, Marcelo Díaz de Salas, Roberto Escalante, Rosendo Escalante, Héctor García Manzanedo, José Luis Lorenzo, Víctor Mejía Pivaral, Julio César Olivé, Antonio Pérez Elías, Ricardo Pozas, Juan José Rendón, Luis Reyes, Rodolfo Stavenhagen, Mauricio



Swadesh, Enrique Valencia, Manuel Zabala Cubillos y Alfonso Muñoz. Muchos nombres de la antropología contemporánea están en esa lista.

Para entonces me trasladé a Chiapas y luego a Guatemala y dejé de ver a Alfonso varios años. A mi regreso cada uno se movía en círculos distintos y la ciudad se había vuelto gigantesca. Nuestra relación se hizo cíclica. En 1963-64 formamos parte del numeroso equipo de profesionales y especialistas que realizaron el montaje del nuevo Museo Nacional de Antropología. Pronto nos resguardamos en otro rincón de marginados: la "Baticueva", el estudio en la "azotea del cielo" de Guillermo Zapfe. Magníficas reuniones y sonados duelos, no se olvide que en ese lugar trabajaron algunos de los mejores antropólogos, pintores y museógrafos de México.

Para reunir material etnográfico viajó a lugares de fisiografía difícil, como los altos y la sierra norte de Chiapas, y al mágico Santuario de la Virgen de Juquila, en Oaxaca. En casa de Guillermo Bonfil hizo una sesión de transparencias. En 1974 pasamos juntos ocho días de monte profundo en Bonampak, como miembros de la misión UNESCO-INAH, para evaluar el estado de las famosas pinturas. En el campamento espantaban, es difícil de creer pero es cierto. Lo comprobaron después otros arqueólogos. Según el viejo montero Pedro Pech era el *1'hc'al*, un maligno del monte. "Si le tomo una foto —decía Poncho— me dan el Pulitzer".

Mientras Alfonso se mantuvo optimista, yo acrecenté los placeres de no creer en nada. Con la muerte de los amigos perdí una oportunidad de volver, porque era a esa peña de plática brava, "El túnel del tiempo", adonde acudía cuando quería recibir lecciones vivas de realidad, de humor, de todos los colores, de tangos y milongas, de descubrimientos discográficos de Benny Moré, de la decadencia del Atlante y de los hijos de puta de la política en turno. Fue la última peña que animó.

Poncho Muñoz es una de esas personas a quienes se agradece su existencia. Amigo en la más franca definición del término. Hombre que nunca le hizo daño a nadie. Ajeno a glorias efímeras y a cotos de poder, a competencias y méritos y a lo que hoy llamamos excelencias académicas. Ciudadano del lado de las causas justas, buenas, para decir mejor.



De izquierda a derecha los fotógrafos: Rodrigo Moya, Poncho Muñoz, Oscar Menéndez, Héctor García y Nacho López en una foto tomada en junio de 1981.